

juzó al auditorio mas conmovido, exclamó con el mayor calor: "¡Vosotros pusisteis á nuestro Redentor hecho un mar de sangre! ¡No considerais cuán desfigurado debe estar su delicado cuerpo, por causa de los azotes que vuestras culpas han llevado sobre él? ¡Oh dolor....! ¡da compasion mirar le....! ¡Ah....! ¡pero es preciso que le contempleis para que aborrezcais vuestros pecados....! ¡Corred esa cortina que le oculta á nuestros ojos!"

Los encargados corrieron la cortina; pero el predicador que seguia de espaldas al altar y se dirijia al auditorio, continuó lleno de religioso entusiasmo: "¡Vedle...! ¡quién habia de decir que ese conjunto de perfecciones quedase tan desfigurado que le costase dificultad á su excelsa Madre reconocerle?"

Y entonces, volviendo hácia donde estaba el Salvador, y sorprendido él mas que nadie, del disfraz con que le habian desfigurado, exclamó asombrado: "Y confieso que no me admiro de que no le reconociera su Santísima Madre, pues tal le habeis

puesto, que, no digo la afligida Señora, pero ni yo, que soy vuestro cura, le conozco ya."

Esta anécdota prueba, como antes dije, la sencillez sin ejemplo de los indígenas mexicanos, el ningun desarrollo que les han dado á sus facultades intelectuales por medio de la instruccion, y de su índole pacífica, dispuesta siempre á no alterar en nada los usos introducidos por sus predecesores.

Separados completamente de la clase pensadora é instruida, porque los hombres de saber no pueden acomodarse á vejetar en pueblecillos de miserables chozas en que el oro y la plata son los objetos que menos abundan, la instruccion de los indios se reduce á no saber leer, ni escribir, ni contar; y ya se deja entender que respecto á religion no han de estar mucho mas adelantados.

Pero no solo son estas las causas que se oponen al desarrollo de las facultades del indio, sino que viene á servirle un poderoso valladar, la preocupacion en que algunos de los que debieran instruirles están, de

que los indígenas son incapaces de adquirir cultura. Yo, lejos de participar de esta opinion, creo, por el contrario, que el indio está dotado de bellas disposiciones para todo; porque cosas he visto que revelan que le sobra talento natural. He visto retratos de barro hechos por los indios de Tonalac, pueblecillo que dista tres leguas de Guadalupe, que nada dejan que desear: parecido, color, ropaje, todo, en una palabra, sacan exactamente igual á la persona que retratan, sin que para esto hayan ni aun recibido nociones de dibujo. Tambien para la música tiene el indio una disposicion asombrosa y un oido finísimo, así como para todas las artes mecánicas.

Algunos escritores han dicho, y me consta que de buena fe, que la culpa de la ignorancia en que se encuentra la clase indígena, reconoce por único origen, el empeño que el gobierno español tenia en no instruirla para que no tratase de independerse; pero esto es desconocer los hechos y la historia. El gobierno español planteó colegios magníficos en todas las ciudades,

de donde salieron hombres que figuraron entonces, y muchos de los que al presente llaman la atencion por su saber. Ahí está el colegio de S. Gregorio, levantado por el gobierno español, exclusivamente para la instruccion de los indios: no muy lejos se encuentra el llamado de las *Inditas*, abandonado al presente, pero fabricado entonces para educar á las indias: ahí el de San Juan de Letran para los jóvenes de la capital; el de San Ildefonso, Seminario, Minería, Vizcainas, las Niñas, y otros ciento, que prueban que el gobierno español estaba muy distante de abrigar las innobles miras que se le quieren suponer.

Lo que en mi concepto se ha opuesto y se opondrá por mucho tiempo, á la cultura del indio, es el corto número de poblacion blanca que aun cuenta México, y de cuyo seno no puede salir el número considerable de maestros que son necesarios para educar á cerca de cinco millones de indios que viven lejos de las poblaciones, cuyos insignificantes pueblecillos se encuentran entre sí á considerables distancias, y

cuyas vías de comunicacion son malísimas.

De esos colegios planteados por el gobierno español, y que son los mismos en que hoy se educa la juventud, salieron Alarcon, Clavijero, el padre Alegre, Sor Juana Inés de la Cruz, Quintana Roo, Gorostiza, Navarrete, Zavala, Alaman, Pesado, Tagle, Carpio, D. Carlos María Bustamante, el emperador Iturbide y otros mil, honra de las letras y de las armas de México, que son la incontestable prueba que destruye el error de los que acusan á los monarcas españoles de injustos en sus colonias.

En esos trescientos años que han pintado algunos enemigos de España como de tiranía para la América, los indios estuvieron exceptuados del servicio de las armas, estaban declarados menores de edad para evitar que en los contratos abusasen los europeos de su ignorancia y sencillez; podian introducir todos sus efectos en los mercados sin pagar derechos ningunos, y solo exhibia al año cada indio el insignificante impuesto de un real que se destinaba á hos-

pitales para ellos: en sus juicios no se les cobraba derechos ningunos: los fiscales del rey eran sus protectores natos, y en lo eclesiástico gozaban privilegios no menos notables.

Estas consideraciones dispensadas en favor de esa clase tan útil al país, hablan mas alto en pro del paternal cariño con que los monarcas españoles miraron á los descendientes de Moctezuma, que todos los exagerados cuadros en que ciertos escritores extranjeros, enemigos de las glorias de España, han tratado de presentarnos con el colorido mas negro. Si algunos españoles pudo haber crueles, como hay hombres malvados en todos los países, la nacion fué magnánima: si algun español pudo haber rapaz y avaro, mil otros hubo que supieron gastar abundantemente el oro, levantando gigantescos acueductos que etérnizarán sus nombres, como el colosal que embellece á Querétaro, costeado por un solo español que quiso prestar aquel beneficio á un país que amaba casi como á su patria, y como lo amamos todos los que hemos vivido en

él y abrigamos un corazón verdaderamente español; esto es, noble y agradecido.

Mientras la primitiva raza de los verdaderos americanos de los Estados-Unidos ha desaparecido, merced á las leyes poco paternas que allí se establecieron por los ingleses que dominaron, pues la población actual es una sociedad eterogénea de todos los países, en México la raza azteca se conserva pura y considerable, formando el número mayor de la nación, gracias á que los conquistadores españoles, llenos de hidalgos sentimientos, miraron á los vencidos como á hermanos, y lejos de procurar su exterminio, se unieron á ellos, estrecharon los lazos de amistad, formaron una familia, les dieron su idioma y su regeion, y cuando al cabo de trescientos años de una suave dependencia se emanciparon de la España, los mexicanos se pudieron presentar al mundo como un pueblo enteramente azteca, puesto que es azteca en su mayor parte la sangre que circula por sus venas.

Cuando esos, pues, que tan injustamente nos critican; nos muestren que en sus co-

lonias han levantado monumentos mucho mas grandiosos que los que la patria de Hernan Cortés ha elevado por todo el continente americano: cuando nos hagan ver que las leyes dictadas en pro de sus pueblos sometidos, eran mucho mas filantrópicas que nuestras sábias leyes de Indias: cuando nos muestren que no han destruido á la raza dominada, como lo está mostrando la España; y cuando, en fin, nos prueben que sus conquistas no están manchadas con actos inhumanos que horrorizan, la España les respetará y callará; pero en tanto que esto no puedan; en tanto que nada encuentran que poner de lo que han hecho al frente de lo que hemos hecho nosotros, callen y enmudezcan, porque cuanto mas alcen la voz para hacerse oír, tanto mas pigmeos aparecerán al lado de la magnánima España.

Que esta nación procurase conservar la preciosa joya que inmortalizó el nombre de Cortés, nada tiene de extraño ni de repugnante, y cosa es de que no se la puede acusar con justicia. Había gastado su dinero, su sangre, por descubrir un mundo que na-

die se imaginó siquiera, y pretender que lo abandonase cuando lo hizo productivo y admirable, es pedir lo que nadie ha hecho ni hará en la tierra. ¿No están apoderadas en pleno siglo XIX, el Austria del Veneto, Francia de la Argelia, Inglaterra de la India, la Cerdeña de Nápoles, Rusia de la Polonia, y Prusia de la Dinamarca? ¿Y hay alguna de estas naciones que esté dispuesta á desprenderse generosamente de la joya que posee? ¿No se está dando en los Estados-Unidos el escándalo de una guerra asoladora entre el Norte y el Sur, solo porque el primero quiere dominar al segundo?

Pero nos hemos detenido demasiado en consideraciones históricas, y yo ruego al lector que disimulando esta digresion que he creído necesaria, se digne seguirme en los acontecimientos que se encadenan con los que llevamos ya referidos.

Dijimos que el padre Enrique y el indio Pablo se habian separado y marchado en distinta direccion con objeto de saber lo que habia sido de Ernesto.

Una hora hacia que fueron en su busca.

La procesion habia ya terminado.

Nuestro Señor se encontraba ya colocado sobre el altar mayor, que figuraba el Calvario, enclavado en la santa cruz, al pié de la cual se veia á su Santísima Madre.

Los indios que habian hecho de soldados romanos, y que disfrazados de espantosas caretas vimos asistir á la procesion, para no dejar ningun vacio en el papel que representaban, estaban jugando á los dados la túnica del Salvador, teniendo al lado de ellos botellas y vasos en que fingian beber para imitar en todo lo posible á los que crucificaron á Nuestro Señor.

La esbelta Luz y Rafael, seguidos de los padres de la hermosa, salian de la iglesia, y cruzaban por la plaza que estaba, como todas las calles, apretada de gente.

—¿Has estado á gusto, hermosa mia?

—Le preguntó Rafael.

—Como solo se está cuando nos hallamos al lado de la persona amada.

—Gracias, querida Luz. ¡Cuánto celebraria que mi amigo Leopoldo disfrutase

la dicha de oír de los labios de Clotilde las palabras de consuelo que yo oigo de los narados tuyos.

—¡Pobre Clotilde!

—Pero todos los que aman están condenados á padecer; todos, menos nosotros, hermosa mía, que hemos vencido, por ventura, los obstáculos que se presentaron á nuestra felicidad.

—¡Oh....! sí.

—Leopoldo que soñaba con el triunfo al hacerse de un manuscrito que revelaba la inocencia del autor de sus dias, se vió despojado de repente de ese precioso documento, y acusado á poco tiempo de raptor, sin que haya logrado vindicarse con D. Emilio de esa injusta acusacion: Nuñez, que es un jóven de gallarda presencia y de elevados sentimientos, se vió privado de la mujer que amaba, la noche, víspera de su casamiento.

—¿La víspera de su casamiento?

Preguntó Luz estremeciéndose.

—Sí; pero ¿por qué te estremeces?

—¡Oh....! no sé; pero esa noticia me ha causado miedo.

—¿Temes acaso que á nosotros nos sobrevenga tambien alguna desgracia?

—¡Te amo tanto!

Le dijo Luz estrechándole la mano.

—Bien; pero no seas tímida: ¿qué motivos existen para que temas?

—Es verdad....

Dijo titubeando la jóven, y no pudiendo desechar de su mente una idea terrible que le habia asaltado.

¿No podia Willey haber fraguado una trama infernal para separarla, antes de casarse, del hombre que amaba con todo su corazón?

La tierna Luz volvió á temblar.

En aquel mismo instante se vió á un hombre atravesar por entre la multitud, dirigiendo la vista hácia todas partes, como en busca de un objeto.

Iba vestido con una levita de lienzo listado, pantalón oscuro, bota de montar y sombrero de paja.

Después de recorrer varios sitios sin encontrar al parecer lo que buscaba, entró en

la iglesia, paseó la vista por entre los que allí se hallaban, y salió de ella impaciente, pronunciando entre labios algunas palabras de disgusto.

Luego, resuelto sin duda á encontrar á todo trance lo que deseaba, se metió entre la numerosa concurrencia, y abriéndose paso por entre ella, marchó casualmente en direccion al sitio en que se hallaba Luz con Rafael esperando á sus ancianos padres que marchaban por detras sumamente despacio.

A poco aquel hombre se fué encontrando con otro que iba vestido casi de la misma manera.

—¿Los ha encontrado vd?

Le dijo el primero en voz baja al segundo.

—Sí.

—¿Dónde?

—Aquí cerca.

—¿No los equivoca vd. con otros?

—No, doctor: conozco á Luz y á Rafael muy bien desde el Viérnes de Dolores que me los hizo vd. conocer en el Puente de la Leña.

—¿Y es cierto que están de huéspedes

en una hacienda distante una legua de este pueblo?

—Se los he oido á ellos mismos en una conversacion que han tenido hace poco, bien agenos de creer que habia entre el gentío un interesado en ella.

—Bueno: el viaje no ha sido en vano.

—Todo lo contrario: la cosa se presenta mejor de lo que vd. deseaba.

—¿Cómo!

—Les he oido decir que á las siete de la noche, despues de despedirse de una familia que ha venido á Culucan á pasar las fiestas, se irán en coche á la hacienda en que se hospedan, para salir mañana temprano para México.

—¡Oh!... magnífico. Ahora es preciso alejarnos sin que me vean; esperar la noche y buscar un sitio á propósito en el camino donde esperarlos, para dar el golpe.

Y ambos se dirijieron por contrario rumbo al que llevaba Luz para no encontrarse con ella.

Al mismo tiempo que ellos se alejaban, Pablo, cubierto el rostro de sudor y lleno

de polvo y lodo; se encontraba con el padre Enrique que, como él, mareaba inquieto y fatigado.

—¿Y Ernesto?

Le preguntó el sacerdote con inquietud.

—No parece en ninguna parte: he recorrido el pueblo, he preguntado á todos, y nadie me da razon de él.

—Lo mismo me ha pasado á mí.

—¿Qué habrá sucedido!

—¿No se habrá marchado á México?

—No, padrecito; porque sé que no ha salido ninguna canoa.

—¡Oh!.... ¿por qué no le daría yo la cantidad que me pidió?... ¡Si en un acto de desesperacion habrá puesto fin á su vida!...

—Aunque puede ser muy bien que se haya ido por tierra á México, como dijo antes su merced.

—¡Dios lo quiera! Mañana mismo marcharé para informarme.

—¿Y despues honrará su merced con su visita mi ranchito de Texcoco, donde le espera su buen amigo y antiguo amo mio D. Miguel?

—Tal vez, si no le ha acontecido una desgracia á ese desventurado jóven.

—Corriente.

—Ahora, es preciso que vaya á casa para dejar arregladas todas mis cosas antes de partir.

—Le acompañaré á su merced.

Y Pablo y el padre Enrique cruzaron por entre la multitud con direccion á su casa, dirijiendo hácia todas partes la vista, buscando, por la última vez, á Ernesto.

El doctor Willey que, acompañado del hombre con quien le vimos hablar, habia logrado salir de en medio del gentío, se detenia en aquel instante detras de un árbol, y miraba hácia un sitio que le señalaba con el dedo su compañero.

—¿La ve vd. ahora—le decia éste—cerca de la puerta de aquella casa amarilla?

—Sí.

—¿Y es ella?

—En efecto, es Luz.

—Ya vd. ve que no me he equivocado.

—Es verdad.

—Las facciones de la persona que se me enseña una vez, jamás se me borran.

—Pero ¿está vd. cierto de que esta noche se dirijen á la hacienda de C....?

—Le repito á vd. que sí.

—Entonces, el golpe es seguro.

—Y sin riesgo de nuestra parte.

—Sin duda.

—¡Y qué hermosa está! Confieso que tiene vd. buen gusto con respecto á mujeres: Véala vd. qué interesante.

Y Willey fijó la vista en la hermosa Luz, que aun se hallaba preocupada con la triste idea que le habia asaltado al escuchar de los labios de su amante la desgracia acontecida á Nuñez la víspera de unirse á la mujer que amaba.

Su corazón, tierno y tímido, temblaba al traer á la memoria algunas palabras amenazadoras que varias veces le habia dirigido el doctor Willey.

¡Y cuánta fuerza no hubiera adquirido su temor si hubiese visto que en aquel momento el hombre infame, á cuyo solo nombre se estremecía, la observaba atentamente ocul-

to entre el gentío, y acariciaba el plan que habia dispuesto para perderla!

Rafael que advertía pintados en el bello rostro de la hermosa la inquietud y el sobresalto, le estrechó la mano, y le preguntó con cariñoso acento.

—¿Qué tienes, hermosa mía....? ¿Aun te dura el temor que te causó la noticia de lo acaecido á Nuñez, cuando creyó alcanzar el bien mayor que existe para el hombre que de veras ama?

Luz quiso disimular su sobresalto para no turbar la alegría del sér que idolatraba, y contestó haciendo un esfuerzo para sonreír.

—No, nada temo: estoy tranquila, muy contenta de estar á tu lado.

Rafael la envió una mirada dulce, en que esprimió toda su gratitud y todo su amor por aquellas palabras que le revelaban el cariño profundo de su amada.

Willey, que tenia fija la vista en los dos amantes, sorprendió aquella mirada, y se sonrió con la idea de la venganza.

—Sí, nada debes temer:—Dijo Rafael es-

trechando la mano de Luz:—dentro de pocos dias, un ministro del Señor, habrá bendecido nuestro amor, y el mundo será para los dos un Paraiso de interminables venturas.

—Dentro de pocas horas:—pensaba interiormente y en aquel mismo instante Willey—te arrancaré del lado de ese rival que me roba tu corazon, para gozar yo solo de tus caricias.

—¡Piensa vd., señor doctor, permanecer aquí todo el dia, para estarla viendo?

Dijo á Willey el extrangero con quien le vimos hablar.

—No; alejémonos antes de que algun conocido nos vea.

—Sí, marchemos sin llamar la atencion de nadie.

Y el doctor se dirigió con el que le acompañaba hácia fuera del pueblo.

La hermosa Luz y Rafael permanecieron aun otro instante quietos en el mismo lugar, y dirigiéndose tiernas palabras de amor.

Willey, al llegar al extremo del pueblo, volvió á mirar hácia donde estaban los aman-

tes, y exclamó herido por los zelos y con la esperanza de un próximo triunfo.

—¡Dentro de pocas horas estarás en mi poder!... ¡se habrán desvanecido todas tus ilusiones, me habré vengado de tus continuos desprecios....! ¡y serás mia sin remedio!....

Y asomó á sus labios la sonrisa de los réprobos.

El hombre que le acompañaba esperó otro instante.

La gente cruzaba en todas direcciones.

El ruido producido por la multitud continuaba.

El padre Enrique y el indio Pablo, recorrian con la vista todos los sitios en busca de Ernesto mientras marchaba hácia casa.

Luz y Rafael, seguidos de los padres de la primera, se dirijieron otra vez á la iglesia.

Willey les envió una mirada vengativa por la última vez, dejó asomar á sus labios una sonrisa infernal, se apoyó en el brazo de su amigo, y desapareció, repitiendo estas palabras:

—Pronto serás mia.